

Estábamos divididos en pabellones, entre hombres y mujeres

Hermila Molina

YO SOY DE CUENCA Y YA ESTOY VIEJITA. Eso sí, debo decir: tengo 87 años. Mi nombre es Hermila Molina y tengo una hijita. Ella nació en 1964, entonces ha de tener aproximadamente 50 años. Ya soy bisabuela, tengo dos bisnetos. Así es como va pasando la vida. Yo ya no tengo ni papá ni mamá. Mi papito falleció en Cuenca pero mi mamita falleció aquí en el sanatorio. También tenía lepra, hay que decir la verdad. Mi padre no. Ya hace como 50 años que ella murió.

Ayer vino mi hijita, ella hace las cosas de aquí de la casa, arregla el cuarto, lava la ropa. Yo antes trabajaba en todo. En lavandería, pasando la comida, cuidando a mis pacientes, así en todo eso trabajaba, cuando podía. Ahora como no puedo hacer nada por mí misma, necesito más bien quien me ayude. Yo vivo de la institución. Llevo como 55 años aquí. No me acuerdo bien a qué edad llegué. Pero aquí me casé y luego tuve a mi hijita. Tenía dos hijas, pero una falleció. La chiquita fue la que falleció. La que vive también se casó de 18 años. Pero ahora ya ella es abuelita. Mis nietos vienen a verme. Me traen el pan, me canta la Poleticita.

Yo llegué aquí por la enfermedad. Bueno, yo misma no, mi papá me trajo, porque empezó a ver que algo pasaba en mis manos. Él me dijo, “eso no es natural, vamos a ver qué dicen los doctores”. Y por eso vine. Y con estas

40 manos he hecho todo: he trabajado, he hecho todo lo que ha sido necesario. Cuando vine ya tenía a mi hijita, estaba pequeñita, vino de cuatro años. No recuerdo el año. Cuando llegué había unos viejecitos, mujeres y hombres también. Más o menos había como unos 40 hombres. Mujeres había unas 30. Solíamos trabajar y nos pagaban tres dólares por mes. Trabajábamos todos los días, pasando comida, lavando las vajillas, tendiendo las camas y barriendo los cuartos. Todo eso hemos hecho y era un trabajo duro. Antes, nosotros nos organizábamos acá. Pero ahora es distinto. Ya nos sirven los empleados de afuera. Antes, había empleados de aquí a los que apoyábamos. Cuando podía, yo lo hacía también, pero ahora ya no puedo conmigo misma. Estábamos divididos en pabellones, entre hombres y mujeres. Ahora ya no. Ahora también nos vienen a visitar muchas viejitas voluntarias. Yo digo que Dios les pague a todas las personas que vienen a hacernos ese gran favor. Por ejemplo, ahora vino a barrer la señora Susanita.

Ahora dicen que esta enfermedad no es contagiosa. Los doctores les dan tratamiento a las personas y se van a sus casas. Pero el hospital se creó porque los médicos siempre creyeron que era contagiosa. ¡No lo es! Eso lo sé porque el doctor León Felipe se fue a estudiar a Brasil. Estuvo allá como trece años con la mujer y sus hijos. Cuando él vino, le dije:

—¿Qué ha sido esta enfermedad doctor?

—Si no son ustedes nomás quienes tienen esa enfermedad, todos hemos tenido, hasta yo tengo, todo el mundo ha tenido. Sólo que a unos les sale a la superficie y a otros no —me respondió.

Por algo mis niñas nacieron sanas. Mi hija, sanita también nació, ya se casó y hasta ahora no tiene nada. Tiene sus hijos, ya tiene sus nietos. Viven en su casa y todo muy bien. ¡Qué se va a decir que era contagiosa!

Yo no sé quién construyó el hospital. Pero cuando llegué no había casas, como ahora, todo era un terreno. Unos señores construyeron como una casa de asistencia y nos mandaban las cosas de caridad. Entonces, así la hemos pasado y ahora como ya no tenemos empleados aquí, nos atienden los de afuera. Nos tienen la comidita y todo lo que necesitamos. Entonces así estamos viviendo en estos momentos. Antes nos decían que cada uno tenía que trabajar, como por ejemplo atendiendo a los que estaban en cama, sirviendo a los que estaban medio enfermos; nos amanecíamos cuidándolos. Pero si ahora me dijeran que haga eso, ya no puedo. Teníamos que hacer la comida,

en la mañana nos levantábamos para hacer el aseo de todos, barrer los cuartos, bañar a los enfermos y tantas otras cosas.

Cuando llegué había más o menos unos 80 hombres. Algunos se han ido y otros se han muerto. Así es la vida. Aquellos que se han ido del hospital seguramente viven en su lugar de origen con sus familias, aunque quién sabe cómo estarán. Como compañeros nos hemos comprendido bien, nos hemos hecho favores y así es como hemos vivido. Cuando no han podido comprar la comida, yo he salido por algo de comer. Pero ahorita ya todo se perdió, porque ya estamos en manos de los empleados. Y cuando un compañero muere, duele mucho. Así como ahora, por ejemplo, con la noticia de la señora Anita que ya está enterrada. ¡Qué penas tiene la vida! Ella ha tenido algo como cáncer en la lengua. Hay que pedirle a Dios por ella. Así que estamos todos acompañándonos en ese sentimiento.

Antes de venir aquí, vivía con mi papá, en mi casita, me iba a trabajar en otros terrenos y teníamos cosas de comer, todo: caña, chirimoyas, papayas. Sí hemos sufrido, ¿cómo decir que no? Yo viví en Gualaceo. Salíamos a traer frutas de la playa que teníamos del lado del río, agarrábamos chirimoyas, comíamos alfalfa, caña y tantas cosas. Pero era bonita nuestra vida. Viví más de 20 años en mi casa. Luego me detectaron la enfermedad debido a las manos que se me retorcieron. Y me trajo mi papá a examinar. Estaba aquí abrazada a mi mamita y el doctor dijo que me debía quedar. Porque yo comía con uno y con otro. Entonces decían que no era bueno porque lo que tenía era contagioso. En ese tiempo le llamaban “la enfermedad de la lepra”. Cuando vine para acá, mi familia se quedó en casa. Luego pude ir a visitar a mi papá. Y ya después él también falleció. Todo eso ya pasó. Hace tiempo.

En ese entonces sí pensaba que en un futuro me iba a casar. Pero después ya aquí pensaba que no podría casarme porque luego los hijos tendrían mi enfermedad y serían todos bien feos. Pero luego me casé y mi hijita no tuvo nada. Tuve novios antes, claro, en Cuenca, en mi tierra. No me acuerdo a qué edad tuve mi primer novio, sería por ahí de los 15 años. ¿Qué se va a acordar uno de esos tiempos? Pero bueno, siempre es bueno recordar. Siempre son buenos los tiempos pasados.

¡Qué cosas! Recuerdo que mi esposo me escribía. Él era interno en el departamento de hombres. Yo vivía en el departamento de mujeres. Él me escribía. Y yo no le contestaba, no tan pronto, decía él que por lo bella que



estaba lo trataba así. Él se llamaba Carlos Pereira. Me seguía escribiendo, y me preguntaba: “¿Qué será esto? ¿Será mentira, o, qué será?” De pronto recibí una carta que decía: “*Esto no es mentira, es verdad*”. Entonces, finalmente, me casé, pero no me casé aquí, sino en Quevedo. Me animé al último momento porque aquí la gente había sido muy habladora. Decían cosas de mí. Y yo no era nada de lo que las personas decían. Me dio rabia y sentimiento con esa gente y decidí que claro que podía casarme. “Me puedo casar”, me dije. Así, dos hijas tuve yo. A la Nancita y a mi Juanita. Bueno, mi Juanita se murió de ocho meses. Aquí mismo, se murió mi *guagua*. Le hice una bóveda acá. Y la vida es así. Hay que luchar, hay que esperar el fin de nuestra vida. Y ahora estoy sufriendo con la enfermedad que Dios me dio.

Antes, las personas con Hansen sí se casaban. Pero la gente decía por ejemplo, “los hijos quién sabe cómo van a salir”. El hijo de don Jaime Herrera salió sanito. Mi *guagua*, sanita. El doctor que nos atendía me ayudó a dar a luz a mí, a la Corina y la Jovita. El doctor Otón era el director. Cuando estuve embarazada, también mi esposo se sintió alegre. Él tenía ganas de un niño, pero fue niña. Mi mamá me mandaba a hacer los controles médicos de mi enfermedad. “Para tener al bebé sanito”, decía. Ya dando a luz tuve que seguir trabajando. No había descanso, nada. De repente, recordando todo esto, dudo que la vida pueda ser suave, porque sí hemos pasado cosas duras.

No guardé ninguna carta de las que me mandaba mi esposo. Nada, no me las quedaba. Él me decía que quería casarse, que él no quería engañarme, que quería ser feliz conmigo. Así fue. Enviaba las cartas con los empleados. Ya después, vino la madre a reclamarme:

—¿Qué, estás de santa?

—Sabe, madrecita, yo no pienso en casarme, quiero vivir soltera, pero aquí la gente me hace renegar diciendo que él es mi amante. Y él no es nada para mí. A mí no me gusta mentir. Él está enamorado, sí, pero yo no quiero.

Pero luego le dije:

—Ya me puse a pensar bien, madre superiora, ya me voy a casar.

Él vino de Quevedo y me llevó. En Quevedo nos casamos y nos quedamos allí unos meses. Luego yo me regresé diciéndole a él que me iba para el claustro. Retorne acá, cuando iba a dar a luz a mi hija. Dije entonces: “¡Dios mío, ahora ya no voy a poder comulgar ni nada!” Entonces la vida era distinta. Me fui a confesar y le dije al padre:

—Sabe usted que yo soy casada, pero quiero ser hija de María.

El padre me dijo:

—No, usted tiene que amar a su esposo, llámelo pronto, que venga. ¿Qué van a hacer separados?

Entonces él vino también y el padre nos dio la bendición. “¡Que sean felices!”, dijo el padre Naranjo. Aún me acuerdo de ese tiempo. Luego, tuvimos a mi otra hija, me parece que al año. No, menos del año. Ya tenía a mi hijita Juanita Judith, que murió a la edad de ocho meses.

La vida de pareja fue muy buena. Mi marido era bien bueno, era muy amable y todo me daba, todo, todo. Buen hombre, nunca me trató mal. Me la pasaba bien. Yo lo amaba mucho. Hasta ahora lo sigo amando. Decía: “Si yo me muero, cuidado con casarte. ¡Cuidado, cuidado!” Todo era bueno. Solíamos ir a Quevedo, solíamos ir donde mi suegra. Ahí pasábamos las vacaciones. A Cuenca iba a visitar a mi papá. Así pasábamos la vida. La vida es bonita y uno de viejo ya sólo se la pasa recordando todo eso. Luego de un tiempo, en el hospital, cuando uno se casaba, ya se podía vivir aparte. Y también los solteros que ya no pensaban casarse, se casaban. Habiéndose casado había que aprender a vivir bonito. No peleando, ni nada.

En el tiempo que volví ya podíamos salir en bus, había más libertad para salir, solíamos salir a cualquier parque. El casado ya podía vivir con su esposa. Nunca hubo impacto de la enfermedad en la vida íntima. No, casi todo bien hasta que mi esposo se murió por una enfermedad.

Me he quedado sola aquí, aunque tengo a mi familia, tengo a mi hija casada. Yo quiero que ella viva bonito. Que todos nosotros vivamos bonito. Por ejemplo, ayer vino mi nieta y también mi yerno. Mi hijita también vino y así nos vemos casi siempre. Ellos ya son casados, tienen casi un año de vivir por el sur en la Villaflores. Viene mi *guagua*, y viene mi nieto también a cantarme.

—¿Quiere que le cante, abuelita? —me pregunta.

—Claro —le digo yo.

—Cuando vayas a mi casa, yo te canto mejor.

—Bueno —le digo —qué bueno.

Yo, contenta me pongo.

—Pero vienes. Como tienes dolor de las piernas, no te puedo llevar a mi casa... —dice ese pedazo de tesoro.

Para mí es una distracción ver a mis hijos y nietos. Y ahí es cuando uno confirma que hay un vínculo muy grande en la vida. Por eso ya puedo irme, porque, pues, ya tengo frutos.

Quisiera no haber tenido esta transición que he tenido en la vida. Es que no acepto ver que han traído aquí a una gente drogadicta. El gobierno los ha mandado acá y con ellos estamos viviendo. Yo quiero que nos dejen vivir a nosotros aquí, claro, pero para ello mi gente antigua tiene que acordarse de lo que ha tenido en casa, en sus relaciones, en sus amistades. Por ejemplo, la señora Natalia de San Julián era una buena señora. Con su marido solíamos llevarnos bonito. Hemos vivido bonito con todos. Nadie se peleaba con nadie. Haciendo favores al que necesitaba. Y así la hemos pasado. Pero ahora, no sé qué pasará con las personas que han traído. ¿Qué le vamos a pedir al gobierno? No veo que se pueda hacer nada. Esto era un hogar para nosotros, pero ahora como ya pusieron a esas personas drogadictas, ¿qué se puede hacer? Lo que disponga el gobierno, pues. Ayer se debió haber protestado. Ahora, no se puede hacer nada. Normalmente los trae el gobierno, ¿qué vamos a decir nosotros con nuestras ideas? ¿Qué podemos hacer? Nada. El futuro para mí ya no existe, qué contradicción. Ya nada.

26 de septiembre de 2014